

**La travesía frente a los espacios de memoria como disparador de la escritura.
El ejemplo de "Las olas del mundo".
La novela: un modo de representación y transmisión de la memoria*.**

Alejandra Laurencich¹

Respondiendo al objetivo de esta mesa en la que se pretende otorgar visibilidad a las experiencias subjetivas de travesías en espacios de memoria, me permito acercarles no sólo una de tales experiencias, sino compartir muy brevemente el resultado del impacto que en mi persona tuvo el haber oído uno de estos singulares testimonios. Lo que además, dio por resultado el trabajo de construcción de una ficción sobre lo histórico, teniendo como punto de partida el hecho de la confrontación con la memoria. En resumen, mi ponencia tratará de evidenciar las posibilidades disparadas merced al contacto con uno de estos espacios, y su radical determinación del curso de una existencia, abordaje específico sobre el que se cimentó mi más reciente novela.

Antes de exponer dicha experiencia pivote, resumiré en pocas líneas el argumento de esta obra narrativa, novela que llamé *Las olas del mundo*: en marzo del 2004, pocos días después de que el presidente Néstor Kirchner dejara instaurado el espacio de la Escuela de Mecánica de la Armada como un territorio destinado a honrar la memoria, una mujer de 41 años, Andrea Debari, enfrenta por azar las rejas que circundan ese predio, y como si se tratara de una vieja filmación que se encuentra en un desván, todo su pasado y las imágenes que lo constituyeron, se revelan frente a ella y la colocan en el sitio de espectadora de su propia vida, desde que hubo quedado interrumpida virtualmente en su adolescencia, bajo la dictadura que comenzó en el '76, cuando ella cumplía 13 años de edad.

Dije hace un instante que compartiría la experiencia que dio origen a este eje narrativo sobre la memoria, porque estoy convencida de que la confrontación con estos espacios otrora siniestros, son para cualquier ser humano que siga ostentando esta condición, un punto de origen ineludible hacia un lucidez y la salud.

¹ Narradora, editora y docente, miembro del PEN Argentina. Es autora de las novelas *Las olas del mundo* (Alfaguara, 2015), *Vete de mí* (2009, traducida al esloveno como *Pusti me primiru*, Študentskazaložba, 2011), y de los libros de cuentos *Coronadas de Gloria* (3° premio del Fondo Nacional de las Artes), *Historias de mujeres oscuras* (2° Premio Ciudad de Buenos Aires) y *Lo que dicen cuando callan* (Alfaguara, 2013). Su tarea como docente fue compilada en el libro *EL TALLER. Nociones sobre el oficio de escribir* (Aguilar, 2014). Muchos de sus relatos fueron traducidos al alemán, al portugués, al esloveno y al inglés, publicados en destacadas antologías nacionales: *Una terraza propia, nuevas narradoras argentinas* (Norma, 2007) y *Las dueñas de la pelota* (El Ateneo 2014) entre muchas otras, y extranjeras: *Contos em transito* (Alfaguara Brasil, 2014), *Stimmen. Neue Erzählungen aus Argentinien* (Düsseldorf University Press, 2010), *Vilenica 24* (Drustvoslovenskihipisatelj, 2009), *Die Nacht des Kometen* (Edition 8), y en revistas especializadas como *Luvina*, de la Universidad de Guadalajara, México, y *Two Lines 21*, de San Francisco, EEUU, y elegidos como material de estudio en distintas Universidades del país y del exterior.

Es la fundadora y directora editorial de la reconocida revista literaria *La Balandra* –otra narrativa– (<http://la-balandra.com.ar/>), que en el 2013 fue premiada como una de las tres mejores revistas culturales de la Argentina por el Fondo Nacional de las Artes. Desde hace más de veinte años dicta seminarios de narrativa, enseña el oficio de escribir a autores nuevos, y participa de foros y ferias literarias nacionales y extranjeras.

Hemos escuchado (o escucharemos a lo largo de la ponencia), testimonios que dan cuenta del efecto producido por el transitar estos espacios, y yo me permito añadir el efecto que incluso logra el bordearlos, el rozar el perímetro de ese territorio donde el horror se alimentó y cultivó diariamente. Como si las partículas que inundan el aire de esos campos de exterminio contuvieran aún algo de ese pasado insepulto que reclama ser visto, oído y atendido.

A fines de los noventa, una persona a la que yo trataba diariamente, y que de ninguna manera era propensa a las fabulaciones ni tenía compromisos políticos que la vincularan directamente al predio donde se alzaba la Ex Escuela de Mecánica de la Armada, me refirió que, unos años antes, cumpliendo su rutina de llevar a su pequeño hijo al jardín de infantes ubicado en la localidad de Vicente López, y al no poder hacerlo con su propio automóvil por un desperfecto, ella salió de su domicilio sito en el denominado Barrio River para subirse a un taxi. El chofer no tomó la ruta que esta señora solía usar, la autopista que corre paralela al río, sino que se abrió hasta la avenida Libertador por lo que unos minutos después, el automóvil pasaba frente a la Ex Esma. En ese instante, el niño señala el predio y pregunta a su madre quiénes son esas personas que los miran. Mi referente, gira la cabeza hacia las rejas, que bordean la vereda por donde a esa hora no circula ningún peatón y de las que cuelgan siluetas dibujadas, y le dice que no son personas los que los miran, sino pinturas que la gente ha colgado, pero el niño insiste en su inquietud y precisa: no, mamá, por qué nos miran los que están detrás de las rejas.

No hubo respuesta a esta pregunta, y el incidente dejó en un estado de perplejidad tanto a la mujer como al chofer, como a mí, que escuchaba este testimonio. Por varios años nadie había hecho mención a este episodio hasta que esa madre me lo refirió como algo secreto. Fue tal el impacto de esta escena, que entonces decidí recrear algunos de sus elementos en la novela que les he referido arriba, y de la que voy a leerles el fragmento en el que la protagonista ha ido a la zona de Núñez a buscar un azulejo en la fábrica donde los hacen a pedido:

“Cruza la avenida y comienza a alejarse de la fábrica. Quiere volver a componerse, volver a sus análisis y protocolos, a su silencio. (...) Pero entonces por qué no para un taxi, se pregunta, por qué va hacia *allá*, como si un lugar, al que sabe que no debe acercarse, la estuviera llamando. Avanza en la misma dirección que el tránsito, hacia el cielo bajo y tormentoso que se divisa sobre el puente de la avenida General Paz, a unas cinco o seis cuadras. Ve, con una calidad onírica, desdibujarse los números de las patentes de los autos, dejarla atrás con violencia, abandonándola en una zona de peligro. Llega a las rejas de un parque. Y casi inmediatamente se encuentra frente al dibujo de una silueta que cuelga como un cartel sobre la reja. Se lleva la mano al pecho, sin poder continuar.

Está frente a la ESMA, ayer o antes de ayer vio por la televisión la ceremonia de traspaso a la ciudadanía de todo aquel monumental edificio donde se torturó a tanta gente, donde nacieron bebés en cautiverio durante los siete años de la última dictadura militar. La Escuela de Suboficiales de Mecánica de la Armada será a partir de ahora un museo del espanto. Se recompone apenas y sigue avanzando. Pero avanza de costado. Observando las siluetas como antes los azulejos. Y aunque son todas iguales -un trazo continuo que forma las distintas figuras estereotipadas, hombre, mujer, niño, sin señas particulares, sin color de pelo o de ojos, sin voz- busca una: la de Malena Kunstler. Hace veintiocho años que la vio por última vez, veinticinco desde que vio su nombre el diario. Nada indica que Malena

Kunstler haya estado cautiva en la ESMA, había cientos de centros de detención en aquella época, pero ella sigue buscando su silueta. Pasa dos o tres veces frente a las rejas, ida y vuelta, recorriéndolas no sólo con la vista sino con el tacto, la mano recorriendo el papel. Se pregunta qué espera para darse vuelta y llamar a un taxi. Pero sigue. Ha visto escenas semejantes en documentales: un familiar recorre el alineamiento de cadáveres rescatados de una catástrofe. Siente cómo la furia de no ver más que siluetas va creciendo dentro de su cuerpo. Malena no está, se dice, quizá nunca estuvo allí. Pero entonces dónde. Alguien le grita desde un coche:

-¡Zurdita!

Ella se vuelve alarmada, confusa. *Qué estabas haciendo ahí*, recuerda que dijo su madre alguna vez, cuando vio su cara, la misma cara que ella tendrá ahora mientras mira el auto que se aleja por la avenida, la sombra ya desvanecida del tipo que le acaba de gritar con un tono violento, acusándola de algo que ella nunca fue pero que en épocas de dictadura le hubiera costado la vida.

La tormenta está más cerca y el viento levanta la suciedad de las veredas. Andrea comienza a caminar rápido, sin tener la menor idea de por qué está escapando, como si fuera necesario todavía, bajo un gobierno democrático. Va huyendo de esa delación, sumida en una clase de vergüenza que le parece haber vivido en otro tiempo, aunque jamás tuvo que ver con política ni reclamos gremiales ni nada que se le asemeje. Soy una ciudadana ejemplar, piensa y confirma, como si alguien pudiera escucharla, mientras se mete por las calles interiores del barrio de Núñez, calles en las que nunca estuvo pero le resultan cada vez más familiares. Qué es lo que está sucediendo, vuelve a preguntarse. Pero entonces, como si se tratara del sello de una carta que se viola sin querer, comienza a ver otras imágenes, clausuradas por tantos años en alguna parte de su memoria. Su mano de nena guardando el acertijo en la campera de su hermano, el humo de la fogata de los libros en la terraza, el abrazo interminable de su papá y Fabián, el avión de Alitalia, la lluvia en un pueblo de la costa, el perro Palito, el paquete envuelto en papel kraft que le había dado Nacho después de acariciarla, el día que ella cumplió 13 años y una junta militar derrocó al gobierno de Isabel Perón.” (Laurencich, 2015: 244, 245, 246, 248)

Con este episodio que inaugura la tercera parte de la novela, comienza la revisión de todo el doloroso pasado que la protagonista pretendió sepultar, cuando a los 16 años, según su propio juramento, decidió convertirse: “en alguien a quien Dios se cansara de mirar, alguien a quien no valiera la pena seguir castigando porque había entendido la lección” (Laurencich, 2015:)

En toda la novela fue mi propósito dar a entender que los hechos del pasado, los tenebrosos acontecimientos de una época oscura, no pueden ni deben, bajo ningún punto de vista, ser negados o enterrados en aras de la salud o la armonía social, por el contrario es imperioso revisar ese tiempo ocurrido, confrontarlo para asegurarnos de que no se repita, y como antes lo que he comentado, estoy convencida de que la experiencia singular de atravesar o incluso rozar un predio como el que acá nos ocupa, genera en cualquier individuo un punto de partida inconmensurablemente poderoso, y fecundo en la determinación de ubicar las piezas que compusieron la historia.

Lo que cada uno haga luego con ese saber, con ese conocimiento que derrumba cualquier dique voluntarioso con el que quiera apaciguarse el agua de la memoria, dará

variedad a los modos de representación y transmisión de ese pasado que no debemos olvidar. Ya sea que elijamos el relato de la oralidad, o como en mi caso, la posibilidad de la recreación narrativa, estaremos propiciando nuevos caminos de comprensión para las generaciones futuras. Y antes de acabar esta breve ponencia me gustaría completarla dándole de la fecundidad de esta intención, compartiendo en esta mesa, dos o tres testimonios de las numerosas devoluciones de lectura que he recibido por esta novela. Es interesante observar la reacción de los jóvenes a este respecto. Y para esto cito el primer fragmento que proviene de una muchacha nacida en 1977.

“De alguna manera la novela es una pieza de la historia que me corresponde. Está escrita de una manera en la que logra una apropiación. Logra que pueda apropiarme de ella. Mi generación es la de hijos. Mis padres, durante toda mi vida, fueron los hijos de exiliados, desaparecidos, presos, torturados. Una generación que siempre me llega con un relato nuevo, desgarrador, terrible.

Andrea, su protagonista, no es de mi generación. Ella es más grande. Pero también es más chica que yo ahora (al menos en las primeras dos partes), y me permitió atravesar la historia desde un punto de vista que no había tenido antes. La soledad de Andrea es una metáfora de tantas cosas. Su carrera desesperada por tener una vida propia, por armar un rompecabezas que le dé la señal de algo, y esa historia que se escribe en paralelo, y a la vez se inscribe en su cuerpo como manera de conservar presencias que viven, actúan y les pasan cosas a pesar de todo lo que sucede en el país.

Lloré en algunas situaciones.

La casa vacía me partió al medio.

La baldosa que faltaba me pareció sublime.

La búsqueda frenética de recuerdos, me remitió mil veces a muchas cosas propias.

Es que no puedo hablarte de tu novela sin dejar de hablarte de cómo me atraviesa. Creo que la historia que se cuenta, se me entretejió y no sé si ese es el destino que el escritor quiere que suceda con su novela, pero, en este caso eso fue lo que me pasó a mí. Hacía tiempo que no terminaba un libro, y de pronto, volvía a buscar a los personajes del libro como si algo me faltara.

Pude leer la novela en medio de jornadas maratónicas de obligaciones y ese fue el poder de la historia. La historia me hizo un lugar a mí”.

(Viñes, mensaje enviado a la autora)

Quisiera comparar estas palabras con la de esta otra lectora, que, habiendo formado parte del tiempo narrado en la novela, advierte:

“Quiero avanzar y temo avanzar. Todo se pondrá cada vez más agobiante, presiento. Y no me equivoco. Por eso muchas veces tengo que suspender la lectura. Tomar a bocanadas el aire del presente. Decirme a mí misma que aquello ya pasó. No dejarme sumergir en “Las olas del mundo” que me llevan a las olas de mi propio pasado. Un pasado en el que había que poner buena cara, no dejar que se traduzca el miedo; que nadie se diera cuenta de que “una” sabía más de lo que debía. Los compañeros podían ser delatores aún sin quererlo y algunos parecían vivir en otro mundo, en una especie de isla de la fantasía. Los maestros, las autoridades del colegio podían ser delatores a sabiendas.

En la novela *Las olas del mundo* son los jóvenes los que quieren cambiar ese mundo, pero mientras lo intentan ellos son los primeros afectados y, con ellos, en oleadas expansivas, un tsunami desvastador arrasa con todo. Nada es inocente, nada puede serlo en tiempos así, ni siquiera el juego narrativo en el que se embarca la protagonista, buscando en la invención de una historia una vía de escape de su historia cotidiana y de la Historia con mayúsculas, esa historia que siempre nos atrapa. Porque uno puede jugar con las historias pequeñas, pero no se puede jugar con la Historia: en sus manos nosotros somos solo juguetes con un pequeño resquicio para la libertad. Andrea Debari utiliza su escaso margen de autonomía para crear una historia que la libere de la Historia y, sin quererlo, no hace más que precipitarse y precipitar a los seres que más quiere en sus garras hasta que, al final, solo parece quedar ella, la narradora, presa de un pasado que le impide vivir. La pequeña Andrea se siente una suerte de demiurgo, pero puede terminar preguntándose con Borges: "Dios mueve al jugador y éste, la pieza. ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza De polvo y tiempo y sueño y agonía?" Lo cierto es que como lector, uno siente que esa historia, la de Andrea, pudo haber sido una historia posible, y no es difícil imaginar todas las tragedias privadas desencadenadas por la tragedia colectiva. Leer "Las olas del mundo" exige mucho del lector porque lo confronta con los años oscuros y con la sombra que sigue proyectado en nuestro presente. Por eso demoré tanto en terminar la novela. (...) necesité transitar "Las olas del mundo" de a pequeños sorbos. Se trata de una lectura peligrosa, una lectura de profundidades y de abismos que nos confronta con los que atravesamos, con nuestros propios miedos y desolación. Una lectura necesaria y que, imagino, hará comprender nuestros años oscuros a los lectores que no vivieron esa época". (Chikiar Bauer, mensaje enviado a la autora)

Luego de estos dos ejemplos, me resta insistir sobre una sola consideración: sea cual sea la experiencia en la travesía de estos espacios de memoria, la transmisión de esa experiencia no puede ser sino más que beneficiosa para el conjunto de una sociedad que quiere ver cicatrizadas sus heridas, castigadas sus vergüenzas, rectificadas y limpiadas sus conductas a seguir. Muchas gracias.

*La autora agradece a Natalia Viñes e Irene Chikiar Bauer por los testimonios de lectura.